



GERARDO GUTIÉRREZ CANDIANI

La paradójica apuesta política de la gasolina: máquina de pérdidas

En el contexto político actual en México, signado por una creciente polarización y un futurismo electoral desbordado y alentado desde el gobierno, asuntos trascendentales para el país quedan al margen del debate público. Los dichos y las ocurrencias de políticos concentran la agenda, mientras se incuban problemas y desequilibrios de gran calado. Es el caso de la fallida y paradójica gestión de Pemex, en la que resalta, por las contradicciones llevadas al extremo, la política sobre refinación y el mercado de gasolinas.

El que no se hable más de los problemas que reamente atañen a los intereses de la ciudadanía, ante el exceso en la cobertura de lo que les interesa a los políticos, no significa que esos problemas no terminarán por explotar o pasar su factura.

Entre las muchas apuestas económicas que se han hecho en estos años que, como se dice, “llevan todas las de perder”, difícil encontrar una más incoherente y, sobre todo, más costosa, que la relacionada con las gasolinas, máxime ante la precaria situación de Pemex. Quizá ninguna otra dejará más pérdidas a corto plazo. Probablemente más que la cancelación del aeropuerto de Texcoco y la construcción de otro que hasta ahora tiene un uso marginal.

A pesar de que pueda sonar impopular, muchos hemos insistido en las incongruencias de las políticas gubernamentales para combatir la inflación, en particular su estrategia principal de subsidiar las gasolinas, basada en reducir o dejar de cobrar el Impuesto Especial sobre Producción y Servicios.

Llamada eufemísticamente “estímulo”, esta política puede haber costado, hasta ahora, más de 20 mil millones de dólares. Es paradójica desde el hecho de ser regresiva, pues beneficia más a sectores demográficos de ingresos medios y altos, sin un efecto significativo contra la espiral de los precios de la canasta básica que afecta sobremanera a la población de menores ingresos. Todo ello mientras crecen las pérdidas por todos los flancos para Pemex, que también se mantiene a flote con transferencias del erario.

Lo confirman los propios datos oficiales del “negocio” de refinación de Pemex: este año, hasta septiembre, éste perdió más de 11 millones de dólares diariamente por su baja productividad y altos costos.

Así las cosas, por un lado, el Estado gasta masivamente –o deja de ganar, como se prefiera– para contener los precios de la gasolina. Por otro, sostiene una política de “soberanía energética” que, en teoría, busca que México deje de importarla, cuando la producción nacional es más costosa, insuficiente y con una operación con pérdidas endémicas. Sin embargo, construye una nueva refinería en Dos Bocas, Tabasco, cuando en el mundo las están cerrando por la presión de la transición energética y un futuro de movilidad eléctrica cada vez menos distante. Para más contradicción, compra una en Texas, con los problemas prospectivos que hemos expuesto en este espacio.

Este año, la empresa ha perdido más de 7.3 dólares por cada barril procesado. Paradójicamente, con una mayor concentración del mercado nacional de gasolinas y con un volumen de ventas más grande, Pemex Transformación Industrial registró pérdidas por más de 3 mil millones de dólares en los primeros nueve meses del año. En tanto, en Estados Unidos, Valero, el principal refinador, obtuvo 3 mil 810 millones de dólares de utilidades, y Marathon, 4 mil 625 millones.

Especialistas han enfatizado que la intención de darle al país “soberanía energética”, al procesar una mayor cantidad de crudo, lleva producir más combustóleo o residuos de poco valor, dado que los complejos industriales de Pemex carecen de coquizadoras eficientes para aprovechar ese subproducto, que de por sí es cada vez más difícil comercializar por ser altamente contaminante. Al tercer trimestre, la producción de petrolíferos promedió 802 mil barriles diarios y la de combustóleo, 278 mil.

Así, se pierde dinero por todos lados: Pemex, por su estrategia de negocio contradictoria, máxime tomando en cuenta sus limitaciones en refinación; el Gobierno, por los subsidios a los consumidores y al propio Pemex, que si dependiera sólo de su propio balance estaría técnicamente en quiebra.

En un análisis recién publicado, la calificadora Moody's señaló que las dos mayores petroleras de América Latina, Petrobras y Pemex, enfrentan tendencias de apalancamiento divergentes. Mientras la brasileña ha mejorado su balance, la de México, con patrimonio neto negativo, ha pasado de apoyar las cuentas fiscales a depender de éstas para sus operaciones y servicio de deuda. Aunque el aumento de los precios del petróleo le ha ayudado recientemente, su flujo de caja seguirá siendo deficitario y requerirá respaldo gubernamental continuo para sus pagos de deuda en 2023, dada la carga de ésta, sus necesidades de capital de trabajo y las inversiones en refinación, “que genera pérdidas o muy pocos beneficios”.

Efectivamente: la apuesta a la “soberanía” de las gasolinas es una de las más caras que ha seguido el Gobierno de México, con inconsecuencias desde su concepción, y que se multiplican al afrontar la realidad. Con tantas contradicciones, lo que no resulta paradójico, sino previsible, es que cada vez se esfume más dinero.